

delo de todas las verdaderas virtudes fué Jesucristo, y los santos fueron fieles copias suyas. Nunca pierdas de vista estos grandes modelos. Si quieres conocer si tu virtud es verdadera, examina cual es su principio, cual su motivo y cual su fin. Desconfia de toda obra exterior, por loable que parezca, si no está animada de la caridad, que es el alma de todas; sin ella, todo es exterioridad, apariencia y superficie de virtud. Aplícate á agradar á Dios en todo cuanto emprendas, procurando, á imitacion de Jesucristo y de los santos, que su mayor gloria y la salvacion de tu alma sean el único motivo y fin de todas tus acciones.

2. Aunque no se posean desde luego todas las virtudes, no es posible tener una sin que esté acompañada de un verdadero deseo de adquirir todas las demas. Si eres verdaderamente devoto, te abrasarás en vivas ansias de ser humilde, caritativo, mortificado y paciente; si eres verdaderamente humilde, con ninguno te podrás mostrar duro, quisquilloso y desabrido; guardarás bien de manifestarte impaciente, poco sufrido y colérico. Haces limosna, rezas mucho, asistes á todos los ejercicios de devocion, á todas las obras de misericordia, cosa muy loable; pero eres murmurador, vengativo, suspicaz, desconfiado, estás lleno de hiel, descuidas de las obligaciones de tu estado, de tus leyes y de tus reglas, pues desconfia de tus llamadas virtudes; mucho es de temer que sean falsas. Examínalas bien con frecuencia, y ten por cierto que este ejercicio es de la mayor importancia.

---

SAN JOSÉ CALASANZ, CONFESOR.

San José Calasanz, uno de los mas brillantes ornamentos del clero español, y uno de los mas célebres patriarcas de las religiones que hermocean el jardín

ameno de la Iglesia, nació en el dia 11 de setiembre de 1556, en la villa de Peralta de la Sal, sita en el reino de Aragon. Sus padres, don José Calasanz y Doña María Gaston, ilustres por la calificada nobleza, pero mucho mas por sus recomendables virtudes, criaron al niño conforme á las máximas de la religion cristiana; pero su bello natural é inclinacion á la virtud facilitaron mas que todo el efecto de su buena educacion. Habiale prevenido Dios con todas las disposiciones de naturaleza y gracia para los nobles designios á que le destinaba su sabia Providencia. Su natural afable, dulce y benéfico; su corazón noble; dócil y generoso; el sumo horror que manifestó al pecado y natural propension á los ejercicios piadosos y devotos, que fueron los únicos entretenimientos de su niñez, hicieron conocer á sus padres el interés que tenia el cielo en aquella grande alma, que acreditó desde luego el mas ardiente zelo por el honor y gloria de Dios. Entre otras muchas pruebas, á los cinco años vieron con admiracion que, tomando en sus débiles manos un cuchillo, salió al campo con generosa intrepidez, diciendo que iba á matar al demonio, porque incitaba á los hombres á que ofendiesen á Dios; por cuya anticipada guerra con el enemigo de la salvacion, maquinó este no pocas veces contra su vida.

Enviáronle sus padres á estudiar latinidad á Estadilla, pueblo tres leguas distante de Peralta; y en muy breve tiempo se concilió el amor de sus maestros, y la veneracion de sus condiscipulos por su buena conducta, arreglada en un todo á las leyes del trato civil y modestia cristiana. Acompañado este porte de un deseo ambicioso de saber, hizo en humanidades, retórica y poesia conocidos adelantamientos, y no menores en la ciencia de los santos. Quisieron aplicarle sus padres á la milicia, para que reno-



vase en la guerra las gloriosas hazañas de sus predecesores; pero como José aspiraba á otros honores mas sólidos, ya resuelto á consagrarse al servicio de Dios enteramente, rogó á su padre le dejase seguir en la carrera de las letras. Pasó á la universidad de Lérida á estudiar filosofía; y conociendo que el tiempo de los estudios es ocasion de resfriar el fervor, tuvo gran cuidado en prevenir este escollo con la oracion, con la frecuencia de sacramentos, con rigurosas penitencias y con su aplicacion á obras de caridad en las horas que le dejaba el estudio: de suerte que, alternando en este y en aquellos ejercicios, sin dar lugar á las diversiones de la juventud, hizo á un mismo tiempo admirables progresos, tanto en la virtud, como en la filosofía, y derecho civil y canónico, en que recibió el grado de doctor con universal aplauso.

Deseaba José mas altos conocimientos en otras ciencias mayores, donde se consume el ingenio, y se fecunda el entendimiento con mas elevadas ideas. Con este objeto, pasó á Valencia á estudiar teología; y aunque allí no mudó un ápice de su arreglada conducta; con todo, la ciega pasion de una señora enamorada de su gallarda disposicion, de hermoso grave y modesto semblante, le obligó, por conservar su pureza, no solo á dar la prueba que el antiguo José en Egipto con la mujer de Putifar, sino otra mayor, que fué dejar aquella ciudad, trasladándose á la de Alcalá de Henares á continuar el mismo estudio. En esta universidad dió en muy breve tiempo muestras de su extraordinario talento y de su virtud eminente. Los progresos que hizo bajo el magisterio de los mas sabios maestros de aquella célebre academia, se miraron con particular admiracion de los mismos preceptores y demás concólegas. A pocos años dió públicos testimonios de un hombre consumado en filosofía, derecho civil, canonico, y en la sa-

grada teología, en cuya facultad recibió el grado de doctor con no menor aplauso que aquel en Lérida. Pero lo mas prodigioso de este héroe fué que ni su aplicacion á los estudios ni la diversidad de sus tareas pudieron jamás resfriar su fervor, ni disminuir su devocion; reflexionando todos como un milagro visible de la gracia, que una salud tan debilitada como la suya por toda suerte de maceraciones pudiese conciliar tantos ejercicios de piedad con tanto estudio. Lo cierto es que José se veia tan puntual á las escuelas como á los templos; allí haciendo honor á sus maestros, y aquí emulando á los ángeles en el amor y respeto á Dios, sin dejar de hacer muchas conquistas espirituales en la ciudad con su zelo verdaderamente apostólico.

Recibió los órdenes sagrados, y la dignidad del sacerdocio de mano del obispo de Urgel, en el mes de diciembre de 1583, siendo de edad de 28 años; cuyo ministerio desempeñó con aquella pureza y con aquel fervor que caben en un ministro digno del altar, siendo la edificacion de la Iglesia y del pueblo.

Informado don Andrés Capilla, obispo de Urgel, de las relevantes prendas de Calasanz, creyéndose con mayor derecho que cualquiera otro prelado para valerse de un ministro tan útil, le obligó á aceptar algunos beneficios eclesiasticos, le nombró vicario y visitador de Tremp y de su territorio, cuyo partido abraza setecientas poblaciones con setenta y dos parroquias. Partió José á desempeñar su empleo, halló mucho que reformar en el clero, y mucho mas que corregir en el pueblo, y haciendo mas los officios de padre que de juez, fueron las armas de que se valió para la destruccion de los abusos, la dulzura, la afabilidad, la caridad, la oracion y el ejemplo, sin usar del rigor sino contra los soberbios y protervos.



Viendo el obispo de Urgel el grande fruto que hacia aquel insigne operario en el partido de Tresp, quiso emplear su infatigable zelo en empresa mas ardua é interesante á su vasta diócesis, que se extiende dentro de los Pirineos. Los pueblos incultos y groseros de aquella jurisdiccion. criados entre montes y selvas, vivian como fieras, entregados á toda clase de excesos : los sacerdotes. poseidos de la ignorancia y de la avaricia, desatendian enteramente las obligaciones de su ministerio : los parrocos, constituidos para declamar y corregir los vicios, los autorizaban con su ejemplo. En vano se oponian los obispos al cúmulo de tantos desórdenes con la repetición de sus edictos pastorales, pues despreciando el clero á los legisladores y las leyes, hollaban cualquiera prohibición que se oponia á sus corrompidas costumbres.

La reforma de tanto vicio se encomendó á Calasanz en la clase de visitador. quien, luego que reconoció la dificultad de la empresa, penso que debia dar principio implorando la divina misericordia sobre aquellas gentes abandonadas. Los gemidos, las oraciones, los ayunos y las mas rigurosas penitencias fueron las victimas con que procuró hacer propicio al Omnipotente. Revestido de aquel zelo santo que constituye el carácter de los varones apostólicos, se arrojó á tan ardua expedición, sin dejar pueblo ni aldea en la vasta extensión de aquel país casi inaccesible que no visitase personalmente á pesar de los precipicios é inminentes peligros á que expuso su vida no pocas veces. Cuando se presentaba en los pueblos, á unos amonestaba como padre, á otros enseñaba como maestro, y á otros corregia como juez, dejando, cuando se ausentaba, en todas partes, sabios, cristianos y oportunos decretos, para que les sirviesen de regla. No es posible explicar los trabajos y penosas fatigas que le costó la empresa ; pero en fin tuvo el consuelo

de ver introducidas nuevas costumbres cristianas en aquellos pueblos, y respetadas las órdenes de sus preladados, de los que antes se hacia un total desprecio.

Concluida la visita, dió cuenta de ella al obispo de Urgel, quien rindió á Dios gracias por los copiosos frutos de aquel infatigable operario. Y para que toda su diócesis tuviese parte en sus sabias determinaciones, le eligió por vicario general del obispado, cuando solo contaba 34 años. Aceptó José el nuevo empleo, deseoso de sacrificarse en el servicio de la Iglesia ; y portándose siempre igual en su justificada conducta, se aplicó á corregir los abusos, á reparar los desórdenes del clero y del pueblo, y á promover el culto divino ; obrando con tanta actividad y con tanta prudencia, que en muy breve tiempo se hizo el obispado de Urgel el objeto de los mas altos elogios por el infatigable zelo de su vicario.

Las alabanzas y los aplausos con que todos celebraban su santidad, su mérito y su acierto, le estimularon á dejar á España por lo mucho que ofendian á su profunda humildad semejantes aclamaciones. Habia algunos meses que oia en su corazón una voz que le decia : *Ve á Roma, ve á Roma*, cuyos ecos sentia con mayor eficacia en medio del fervor de las oraciones, y cuando con mas rigor afligia su cuerpo. Agregóse á esto una vision que tuvo, en que le parecia hallarse en Roma rodeado de muchos niños, á quienes instruía en las letras y en la doctrina cristiana. Consultó el asunto con su director, y aprobada su determinación, renunció su empleo de vicario con los beneficios eclesiásticos, excepto algunas rentas que se retuvo para piadosos destinos. Y habiendo fundado en Urgel casi á sus expensas un monte pio, y otro en Peralta, arregladas todas sus cosas, partió á Italia en traje de peregrino en el año 1592.

Luego que llegó á Roma, fué su primera diligencia



visitar con la devocion y ternura propia de su espíritu todos los santos lugares que se veneran en aquella capital, rogando á Dios con muchas lágrimas que se dignase manifestarle su voluntad; puesto que el deseo de cumplirla le habia traído á la cabeza del orbe cristiano, haciendo la misma súplica á la santísima Virgen, en quien, despues de Dios, tenia puesta toda su confianza. Habia prevenido el obispo de Urgel el arribo de José con la mas expresiva recomendacion a su agente en Roma, el cual era confidente del cardenal Marco Antonio Colona. Pidió este á aquel que se informase de algun sugeto idóneo para teólogo suyo, y manifestándole las cartas del prelado de Urgel, en que le hacia ver que era Calasanz una persona calificada por su nacimiento, por sus empleos, por su notoria ciencia y eminente virtud, le recibió en clase de teólogo su Eminencia con las demostraciones de la mayor estimacion. A poco tiempo de su trato conoció aquel purpurado que era mayor la sabiduria y la santidad de José de lo que se le habia informado. Así fió á su cuidado los mas graves negocios de su cargo, la direccion de sus dos sobrinos, hijos del condestable Colona, y la instruccion de su familia; logrando todos por la enseñanza y ejemplo de Calasanz tan conocidas ventajas, que la casa de Colona llegó á ser el objeto de admiracion de Roma, donde nuestro héroe español era tenido por uno de los mas hábiles teólogos de su tiempo, y por uno de los mayores santos de su siglo, acreditando ambos conceptos en las comisiones mas arduas que se fiaron á su cuidado.

Habiase formado en Roma despues del santo concilio Tridentino la venerable hermandad de la doctrina cristiana, con el objeto de enseñarla á los niños, artesanos y jornaleros en los dias de fiesta. Alistóse en ella José, y no satisfecho con practicar esta enseñanza

en las festividades en las iglesias destinadas á este efecto, lo hacia en los dias de trabajo en las plazas y calles de la ciudad con tan ardiente zelo, que en muy breve tiempo se conoció en los pobres la utilidad de sus infatigables tareas.

Por la experiencia que adquirió el santo en los ejercicios dichos, llegó á conocer la grande necesidad que tenian los niños pobres de instruirse en las letras y en la doctrina cristiana; por cuyo defecto se veian muchos ignorar los principales misterios de la fe, avergonzándose, ó no queriendo, cuando ya adultos, aprender lo necesario para salvarse. Lastimado su piadoso corazon con esta pena, aunque en Roma advertia que no faltaban escuelas asalariadas, notaba que no habia personas que se dedicasen graciosamente por mera caridad á la enseñanza de los pobrecitos en los primeros importantes rudimentos. Persuadido que seria muy agradable á los ojos de Dios un instituto que por constitucion tuviese tan laudable objeto, empenó toda su actividad y toda su eficacia con los cuerpos y sugetos mas poderosos de la ciudad, á fin de que contribuyesen á la ejecucion de tan noble pensamiento. Mas permitió el Señor que fuesen en vano todas sus diligencias, porque reservaba para su persona tan digna como utilisima empresa. Las mociones continuas que sentia en su interior, y el recuerdo de la vision dicha que tuvo en Urgel, le indicaban ser esta la voluntad de Dios, en la que se confirmó en cierta ocasion en que vió una tropa de niños, que con acciones y palabras descompuestas le hicieron conocer la necesidad de su proyecto, y oyó resonar en su corazon, detenido á reflexionar en aquel lastimoso espectáculo, aquellas palabras del Espíritu Santo: *A tí se ha encomendado el pobre, y tú serás la ayuda del huérfano.*

Convencido José que era aquel el fin para que Dios



le trajo á la capital del orbe cristiano, se dedicó sin pérdida de tiempo á la ejecucion de la empresa. Como estaba practico en los barrios de Roma con motivo del cargo de visitador de la congregacion de los santos apóstoles, conociendo que el del Transtiber era el mas numeroso de niños pobres, le consideró mas á propósito para dar principio á su proyecto. Comunicó el pensamiento á don Antonio Brendoni, íntimo amigo suyo, cura de Santa Dorotea, venerable anciano, lleno de caridad, quien no solo lo aprobó, sino que le ofreció el uso de dos piezas, prestándose á ser su compañero en ejercicio de tanto mérito. Lo mismo hicieron dos sacerdotes individuos de la Hermandad de la doctrina cristiana, con cuya ayuda abrió las escuelas pias en Santa Dorotea el año de 1597 con aprobacion y elogio del papa Clemente VIII.

No podia mirar con indiferencia el enemigo de la salvacion un establecimiento de tanta utilidad en la Iglesia; y para impedir sus progresos, aplicó todos los artificios de su refinada malicia. Desanimó á muchos eclesiásticos que concurrían á la enseñanza, haciéndoles fastidioso el impertinente ministerio. Excitó á los maestros de escuela de los cuarteles de Roma á que formasen agrias quejas contra el santo fundador; pero todas estas diabolicas astucias solo sirvieron para su mayor crédito, pues habiendo cometido el papa el examen de las falsas delaciones á los cardenales Baronio y Antoniani, con encargo especial de que visitasen las escuelas pias, para que le informasen de sus progresos, fueron tales los elogios que hicieron los dos purpurados del infatigable zelo, de la caridad y de la paciencia de Calasanz, y de la utilidad de sus escuelas, que, despreciando su Santidad las calumnias, las recibió bajo su proteccion inmediatamente.

Las incesantes fatigas y continuas tareas de tan

penosa enseñanza no impedían á José el emplearse en una multitud de piadosos ejercicios, sin omitir sus acostumbradas devociones, ayunos y penitencias. Alistóse en las cofradias de las Llagas, de la Santísima Trinidad y del Refugio, en cuya institucion habia tenido gran parte, formando sus reglamentos con el cardenal Baronio. Tenian por objeto estos establecimientos la asistencia de los peregrinos y el socorro de toda clase de menesterosos, y á todos atendía la ardiente caridad de Calasanz, practicando los mismos oficios en las cárceles, en los hospitales y en otras muchas urgencias que ocurrieron en Roma en su tiempo. Los que observaban sus pasos individualmente no acertaban á comprender como podia acudir á tantas obras piadosas y á tantos encargos tan diferentes. Esto hizo formar á Monseñor Bonet, promotor fiscal en el proceso de sus virtudes, una fuerte duda sobre la inverosimilitud de tantos ejercicios á un tiempo; pero las pruebas eran tan obvias, que fué cosa gloriosa para nuestro santo la disolucion de este reparo con la contraposicion de su ardiente caridad é infatigable zelo, que le tenían en un movimiento continuo de dia y de noche, sin descansar un solo rato en muchas de ellas.

Sucedió en la cátedra apostólica al papa Clemente VIII en el año de 1606 el cardenal Burguesi, bajo el nombre de Paulo V, tan grande protector de las escuelas pias, que se llamaron paulinistas sus profesores. Intentaron al principio de su pontificado los émulos de Calasanz renovar sus calumnias; pero no tuvieron otro efecto que el nombrar su Santidad un cardenal de autoridad y reputacion para que las protegiese, manifestando en su breve de 24 de marzo de 1607 *haber sido instituidas, siendo Dios el autor*. Y para dar á José un testimonio, de su estimacion quiso condecorarle con el capelo, bien que sus lágrimas y



humildes ruegos pudieron alcanzar de su Beatitud que le exonerase de la dignidad, pues su corazón, revestido de pobreza evangélica, estaba muy distante de apetecer honoríficos empleos, como lo tenía acreditado en las renunciaciones antecedentes de las prebendas y obispados que le ofreció en España el rey Felipe III.

Quiso el santo fundador que se perfeccionase su establecimiento en congregación perpetua, y proponiendo su pensamiento á Paulo V, logró este indulto por su breve de 6 de marzo de 1717; previniendo en él su Santidad que se llamara congregación paulina de la Madre de Dios de las escuelas pías; que la profesión se hiciese con simples votos de pobreza, castidad y obediencia; que Calasanz fuese preposito general de ella durante el tiempo de su voluntad, dándole facultad para que hiciese los estatutos y reglamentos oportunos bajo la protección de la santa sede. Vistió en nombre del papa el cardenal Justiniano en su palacio al santo patriarca con el hábito que eligió para su orden; y en aquel acto se desnudó del apellido del siglo, y tomó el sobrenombre de la Madre de Dios. Hizo su profesión en el año siguiente, y dando en ella el último complemento de su renuncia á todos los bienes de la tierra, resignó en eclesiásticos pobres los beneficios que se reservó en España, y distribuyó los bienes paternos entre miserables y encarcelados, contentándose con salir de puerta en puerta á pedir limosna para mantenerse con los de su congregación, y para prestar á los niños los auxilios acostumbrados.

Significóle el cardenal protector que era voluntad del papa formase las constituciones para su congregación; retiróse á este fin á la casa que fundó en Narni de orden del mismo purpurado; dispúsose para ello con cuarenta dias de ejercicios espirituales para

implorar la asistencia del Espíritu Santo, por cuya inspiración escribió los mas sabios y piadosos reglamentos. Murió á la sazón Paulo V; llegó á Narni el cardenal Ludovici, arzobispo de Bolonia, que pasaba al cónclave, y sabiendo que se hallaba José en aquella ciudad, como ya le conocia anteriormente y tenia formado tan alto concepto de su eminente santidad, quiso hospedarse en su casa para disfrutar de su amable conversacion. Profetizóle el santo que seria electo sumo pontífice, y le rogó encarecidamente protegiese su congregación. Cumplióse el vaticinio puntualmente, tomando el cardenal el nombre de Gregorio XV; y deseoso de dar á José una prueba auténtica de su estimación, sobre querer condecorarle con la púrpura para tener á su lado un santo, de cuya dignidad se excusó con humildísimos ruegos, elevó al grado de religion su congregación paulina, con supresion de esta dominación, por su breve apostólico de 1621, concediéndole todos los indultos, gracias y privilegios que gozan las demás religiones. Aprobó por otro de 31 de enero de 1632 con los mas altos elogios las constituciones formadas por José; y por otro de 24 de abril del mismo año le constituyó general por espacio de nueve años, señalándole cuatro asistentes generales para el gobierno del orden.

El nuevo carácter á que se elevaron las escuelas pías, y las grandes utilidades que cada dia resultaban de ellas, hizo que en todas partes solicitasen á competencia los sugetos de la mas alta esfera su establecimiento. Aunque al siervo de Dios costaron tantas fatigas y tantos desvelos, quiso el Señor darle el consuelo de verlas extendidas en el estado pontificio, en Sicilia, en el reino de Nápoles, en Venecia, en Lombardia, en Toscana, en Polonia, en el Piamonte, en Ungria, en Bohemia y en toda la Alemania; confesando ingenuamente en una carta que escribió al padre



Melchor Alanchi que, si se hallase con diez mil religiosos, los podia repartir á todos en un mes en las partes que se los pedian con grandisimas instancias.

Aunque el corazon de José se hallaba lleno de gozo, dando a Dios repetidissimas gracias por las bendiciones que echaba sobre su caritativo establecimiento, quiso el Señor purificar aquella grande alma con el fuego de la mas terrible tribulacion, y aumentar por este camino muchos grados á sus méritos. Seria necesaria una relacion dilatadissima para referir individualmente lo ocurrido en esta prueba, de la que solo daremos alguna idea. Un hijo del mismo orden, llamado Mario Sozi, discolo por naturaleza, uno de aquellos hombres perversos que Dios permite en el mundo para ejercicio de los buenos, desterrado de Roma por su indigno porte, supo engañar con su aparente zelo en asuntos de fe de tal suerte al inquisidor de Florencia, que, volviendo á Roma con la mas expresiva recomendacion de aquel ministro, fulminó tales calumnias contra su santo padre ante el asesor del santo oficio, que, de orden de este, fué conducido preso Calasanz á la inquisicion por las calles públicas de la ciudad, que se consternó á vista de tan inopinado suceso. Aunque José se purificó en términos, que hizo demostracion que ni aun tenia noticia de los delitos imputados; por lo que se le volvió á su casa en carroza por los mismos sitios que fué conducido como reo; con todo, logró el perseguidor con sus artificios, á pretexto de que era necesario tiempo para justificar sus delaciones, que se le suspendiese del empleo, y que se nombrase un visitador general de distinto orden. El primero en que recayó esta comision fué el padre don Agustin Urbandini, de la congregacion samosca, quien, no pudiendo sufrir las iniquidades de Mario, se vió en la precision de renunciar el empleo. Logró el perseguidor que se nombrase al padre

Silvestre Pietrasanta, sugeto adicto á sus perversissimas ideas; con cuyo motivo cargó su ambicion con todo el gobierno del orden, como primer asistente. Hablábale José de rodillas con el mayor respeto; pero el pérfido hijo, despreciando la venerable persona de su santo padre, le trataba de hipócrita, de soberbio y de embustero, hasta decirle que le enviaria á morir en una galera. Sentian en el alma sus hijos la tribulacion del patriarca; solo él estaba alegre porque padecia por Jesucristo, sin cuidar de su defensa. Mas tomándola Dios por él, cubrió al calumniador de piés á cabeza con una tan horrible lepra, que le privó hasta de la forma humana, exhalando un hedor tan fétido, que no podian tolerarle por un brevisimo tiempo sus mismos confidentes, de cuyo mal murió desgraciadamente.

No sosegó la tempestad con la muerte de aquel infeliz: sucedióle el padre Estéban Querubini en el empleo secuaz de sus inicuos pensamientos, quien con el visitador Pietrasanta y otros discolos conspiraron á la destruccion de las escuelas pias; á lo que se inclinó el papa Inocencio X, á fuerza de los falsos informes de los perseguidores. Ya se deja discurrir el sentimiento que causaria en José la degradacion de su orden, que le costó tantos trabajos y tan penosas tareas. Sufrió como otro Job aquella desgracia, expresándose con los mismos ecos que el antiguo: *Dios lo dió, Dios lo quitó, sea el nombre de Dios bendito.* Tuvo algun consuelo al ver que todos los cuerpos politicos y eclesiasticos de Italia, con las personas de la mas alta esfera, interpusieron sus ruegos para con Inocencio, á fin de que revocase su determinacion, manifestándole las grandes utilidades que se experimentaban en todas partes con las escuelas pias. No tuvieron por entonces efecto aquellas recomendables súplicas. Con todo, profetizó José á sus hijos, que



estaban inconsolables, que dentro de breve tiempo verian reintegrado el establecimiento en los mismos terminos honorificos á que le elevó la santa sede; cuyo vaticinio se cumplió á la letra en los pontificados inmediatos de Alejandro VII y Clemente IX, sucesores de Inocencio; restituyéndola el primero en el año 1656 al grado de Paulo V, y el segundo en el de 1669, al que le sublimó Gregorio XV.

Habia ya algun tiempo que acostumbraba á decir á sus hijos el santo patriarca, cuando se condolian de sus trabajos: *Esperad al agosto, y lo que Dios permitirá.* Como decia estas palabras con cierto aire de alegría, esperaban algun suceso propicio al órden; pero el profeta hablaba de su muerte. Quiso en el dia 21 de julio ir con los piés descalzos á la iglesia de San Salvador á conseguir las muchas indulgencias concedidas en ella por los sumos pontifices. Volviendo á casa, tropezó tan fuertemente en una piedra, que, herido gravemente el dedo pulgar del pié derecho, fué echando sangre toda la calle; y en una máquina tan debilitada como la suya se comunicó el dolor fácilmente. Despertósele en principios de agosto la acostumbrada incomodidad del excesivo calor del hígado. No hicieron la primera vez mucho caso los médicos de la novedad, prometiéndose pronta curacion. Solo temieron que fuese mortal la enfermedad cuando el dolor llegó á ser tan vehemente, que dió á conocer el paciente lo mucho que toleraba. Instruido con luz superior que estaba su fin próximo, se dispuso á pagar el tributo impuesto á los mortales con las preparaciones propias de un espíritu todo abrasado en el amor de Dios. Recibió los últimos sacramentos con tanta edificacion, que movió á tiernas lágrimas á todos los concurrentes. Habiendo sufrido con indecible paciencia el exceso de sus dolores hasta el dia 25 de agosto, dando ejemplo de resignacion con la voluntad divina, y fijan-

do, ya entrada la media noche de aquel dia, los ojos en el cielo, levantó el brazo derecho en ademán de bendecir á sus hijos, y diciendo tres veces Jesus, espiró tranquilamente en el dicho dia del año 1648, á los noventa y dos de su edad. Su rostro quedó tan apacible y tan sereno como si estuviese en un dulce sueño, y su venerable cuerpo despidió un olor tan maravilloso, que excedia al de las mas exquisitas esencias.

Cuando llegaron á desnudarle sus hijos, ocurrió con la mano derecha á cubrir la desnudez vergonzosa; y queriendo removerla para proseguir el piadoso officio, acudió el difunto con la siniestra, enseñándoles que, aun estando muerto, era zeloso de aquel pudor con el que habia custodiado toda su vida intacta su virginidad. Pusiéronle en el féretro, y fué tanta la multitud de concurrentes á tributarle veneracion, que, no bastando las prevenciones tomadas por los religiosos, fué necesario que el papa enviase unos soldados de su guardia. En todo el ámbito del templo no se oian otras voces *que murió santo*, ó aclamaciones de algun milagro, siendo muchos los que obró el Señor en confirmacion de la gloria de su fidelísimo siervo. Diósele sepultura en la iglesia de San Pantaleon, á puerta cerrada, con las debidas formalidades, á presencia de algunos distinguidos personajes que pudieron ser admitidos al reconocimiento del cuerpo, que se halló con una prodigiosa flexibilidad.

Apenas habia pasado un año de su precioso tránsito, cuando, con aprobacion del mismo Inocencio X, se comenzaron los procesos informativos sobre sus virtudes heroicas y auténticos milagros: los que resultando justificados plenamente, le declaró beato el papa Benedicto XIV, en 7 de agosto de 1748. Y despues celebró su canonizacion con magnificencia en la basílica Vaticana la Santidad de Clemente XIII, en el dia 16 de julio de 1767.